

EL CORAZÓN INCONTENIBLE DE LAS NOCHES

juana m. ramos | floriano martins

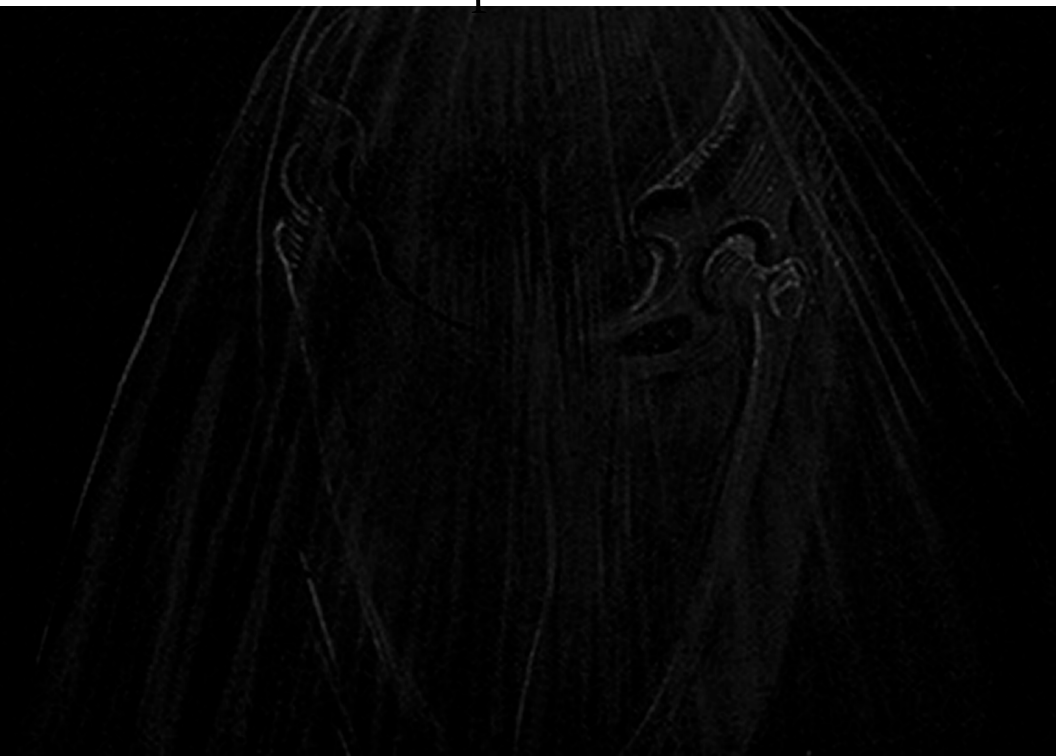




El corazón incontenible de las noches



Colección Libros
Imposibles



**EL CORAZÓN
INCONTENIBLE DE LAS
NOCHES**

Juana M. Ramos
Floriano Martins

COLECCIÓN LIBROS IMPOSIBLES

-2024-

Ramos, Juana M., 1970 / Martins, Floriano, 1957
El corazón incontinente de las noches / Juana M. Ramos , Floriano Martins
--1ª ed.--
Coedición | EntreTmas Revista Digital & Agulha Revista de Cultura, 2024.
74 p. 21 x 14 cm. <Colección Libros Imposibles ; 1 >
<Digital>
1. Narrativa brasileña / salvadoreña. 2. Literatura brasileña / salvadoreña.
I. Título.

Primera edición, 2024

Colección Libros Imposibles #1

El corazón incontinente de las noches

© Juana M. Ramos

© Floriano Martins

Diseño editorial:

Melvyn Aguilar

Portada & ensayo fotográfico :

Floriano Martins

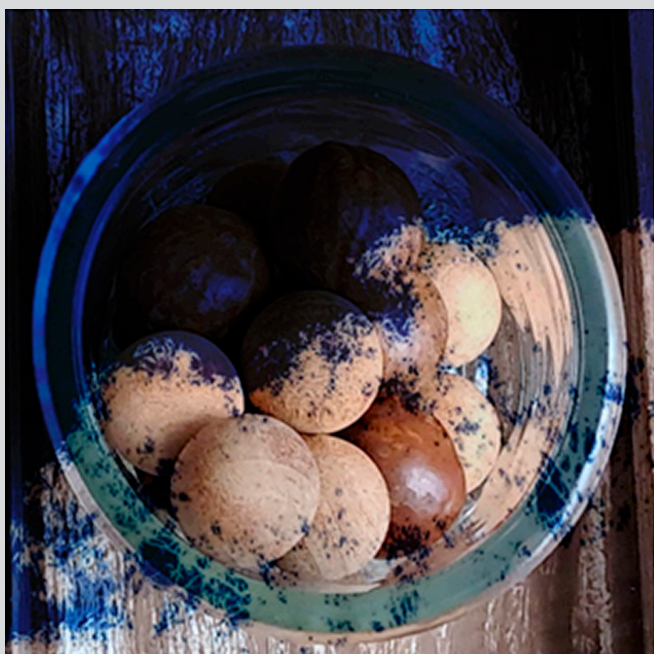
Coordinación editorial:

Juana M. Ramos

Corrección filológica:

Los autores



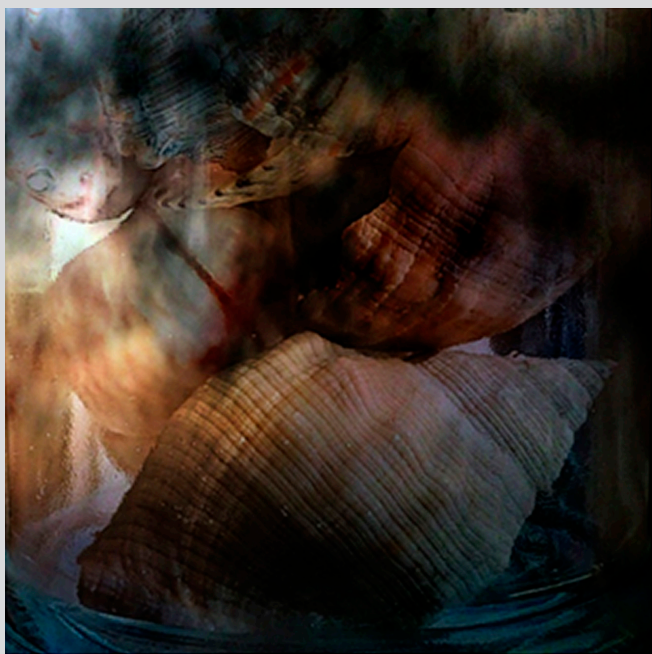


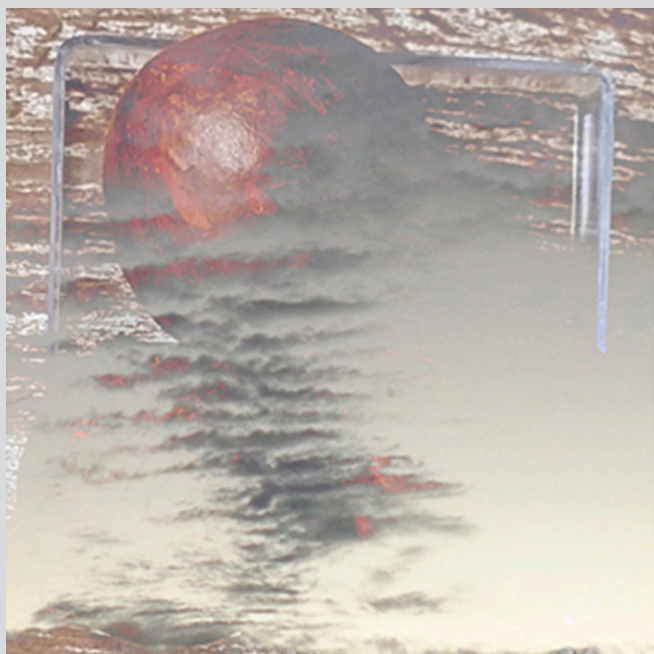
Fue pensando en la noche como un almacén mágico de los símbolos más profundos: sueño, muerte, abismo, angustia, todo un mundo desconocido –los griegos consideraban a la noche hija del Caos–, en fin, pensando en esto, encontré en ella una entrada oportuna para sumergirnos en un tema a menudo engañoso: la búsqueda de liberarnos de los desencadenantes del ego, llevando a cabo una experiencia poética que nos permita –o nos desafíe a– abrir todos los portales de nuestra imaginación, intentando crear, como había soñado Novalis, un nuevo triunfo sobre el tiempo. En nuestro caso, un tiempo en el que lo seduciríamos demostrando que podemos ser Uno desde nuestra doble levadura.

FLORIANO MARTINS

Acepté, con un gusto enorme, el reto de sumergirme en esta aventura escritural. Debo admitir que transitar los caminos de la noche no fue fácil. Representó un desafío en el que, de una u otra forma, me obligué a internarme en mis oscuridades, a arrojar luz sobre ellas, a abonar terrenos que creí estériles con la palabra fértil procedente de un ejercicio mnemónico que me sirvió para depurar dudas e incertidumbres. En la cosmovisión maya, la oscuridad simboliza una suerte de exordio a la luz. Interpreto este libro como un volver a nacer después de cruzar los territorios de la noche.

JUANA M. RAMOS







Creo que a esta hora las noches deben estar regresando a casa, después de un viaje vertiginoso de aflicciones salpicadas a lo largo del tiempo. Las noches son las hijas predilectas del caos y recogen en ellas el polvo de los sueños y de la muerte. Muchos creen que guardan la ropa del abismo. Mi madre me contó que durante las noches desenredaba sus errores más frecuentes y que la visitaban los fantasmas de amigos y familiares cuya ausencia aún le dolía. Me dijo también que las noches eran una fuente sublime de intangibilidad cuyo fervor mantenía con los ojos abiertos, esperando sugerencias para su sufrida vigilia. Quizás tengamos una imagen de conspiraciones inconscientes de la noche, pero lo cierto es que esta multiplicación de rupturas sensibles y hechizos reconciliados nos atrae como la ceremonia de elección de un nombre a la semejanza de todos los misterios furtivos. Las noches ahora deben ser las encargadas de nuestro encuentro. Debemos ser bastante intensos, para que haya tiempo para todo lo que queremos.

Porque las noches comulgan con todos los asombros, esos que quedaron tendidos sobre nuestras últimas palabras. Su arcilla oscurece entre mis manos, vaga entre mis dedos, es larva de la noche taciturna, la emula como flor que brota de tus llagas. Sí, la noche se enraíza en tus poros reticentes a punto de aflorar, en la carne abierta de nuestras heridas más flagrantes. En sus profundidades se esconde el caracol al que ofrendé mi tallo, pero nunca mis espinas. En sus profundidades yacen angustiadas las incertidumbres, se rehúsan a morir en la impaciencia que también se rehúsa a morir en la linde de esa solitaria abeja que busca la muerte entre tus manos. Porque la noche cabe entera en nuestro precipicio y nos convida a devorar los párpados copiosos de la inminente caída. Te ganó la espesura de unos pasos que conocen la huida de memoria; me ganó la ingenua manera que tiene la fe de instalarse entre las sombras. Nos ganó el batir de alas que en el éxodo lo es todo. La penumbra apacienta este rebaño de promesas, tal vez sea la noche la única capaz de contenernos.

Como una vasta tierra de almas en proceso de adaptación a sus nuevos misterios, las noches cambian de color y producen efectos sorprendentes en nuestra carne, como la excitación del fervor, la extensión de llaves con su correspondencia con puertas creadas intuitivamente para los orgasmos y otras energías vitales. Dibujemos un atlas con sus árboles transfigurados. Un color para tus senos prometido en la duración del abismo; otro por las esculturas de demonios-serpientes que danzan de un punto a otro en la germinación de los cuerpos. Las noches son contrarias a todo lo que las simboliza. Como el nombre que te llamo para diferenciar tus imágenes iniciáticas de mis accidentes emocionales. Anunciamos los cortes en nuestras carnes: el amarillo, el ocre, el turquesa, las esferas golosas, los ungüentos encantados, los favores del polvo. No me olvides, hasta que haya pasado por todas las tradiciones. Quiero que seas la extranjera de mis mundos extendidos. Tu corazón es una noche que fluye sobre la gran obra de nuestros estados primordiales.



Germina la serpiente en el corazón de la noche; habita las vísceras la longeva soledad que van pariendo los mutismos elocuentes de las voces que te pueblan. Nada hay de nuevo bajo el manto estelar que corona tu existencia, no concibes los latidos sin la espada que promete horadarte hasta volverte un abismo codiciado, no te entiendes sin el tajo prematuro de tu cuerpo ahora fosa, común e inhóspita. Todo hay de ti en los dientes de la noche, puntuales en la fruta purulenta, carnada que convoca a las jaurías; todo hay de ti en las navajas acuciantes, precisas en la carne más urgente. El muérdago anuncia el dintel de tu boca, el beso virulento que propone un acertijo: el árbol dispuesto a ser habitado. Anunciamos, sí, lo macabro de tu boca: las flechas en busca de los pétalos, el cuchillo en busca de la escama. Advirtamos también las luciérnagas, parpadeos de luz afincados en tu boca, guiños fugaces y a la vez eternos. Descifremos el canto de la aurora: acaso de rodillas tus ojos sobre el asfalto feroz del mediodía o mi ciudad exhausta al borde del colapso o simplemente el corazón de la noche en nuestros dedos.

Las noches son como lluvia cayendo sobre los cuernos del mito. Traigo a tus manos la invulnerabilidad metafórica de un imperio de caricias. Las pesadillas llegan a los desesperados propósitos de la vigilia, esfinges ebrias que atacan los cielos inmundos de los amantes que han dejado atrás las ciclópeas ciudades de la melancolía. Uno de nosotros todavía sabe el nombre secreto del otro. Las encarnaciones rotas que producen un sonido agonizante de pájaros absorbidos por el vuelo nocturno. Podemos levantar el teatro toda la noche, a nuestra manera representamos el apogeo de los destinos humanos. Dime qué historia debo seguir, tengo tu vida en mis brazos. Cuando te acercas a mí renuncio a la nostalgia de la semejanza. En tu cuerpo siempre quiero ser otra persona y que me ignores hasta el último momento. Cuando las noches buscan otra ocupación y los dioses garabatean unos versos en la piedra que seguramente será, en un futuro reducido al caos, el principio vital de los acontecimientos más decisivos de la historia. Las noches llueven como una religión original.

Al caer la noche, abuela deposita en mi oído gorjeos y alas, como quien desafía el remedo de tu lengua y de tus labios, como quien llega puntual al lenguaje del cerezo y la begonia. Susurra la historia a seguir, habla de tierras, de apellidos, de una herencia arrancada de sus manos –la escucho mascullar un exabrupto al tiempo que predice la lluvia en una tarde agonizante–. Emergen sus muertos hechos sílabas y ramas junto al hombre que amó entre relinchos y soplidos. Abuela hilvana los verbos, siempre con el *Jesús en la boca*, mientras descifra el diluvio que inunda mi garganta. Sus gestos y aspavientos eclosionan en el jardín que crece a la orilla de mis llagas, me conceden el secreto del geranio y se acurrucan en mis párpados cansados para custodiar mis noches. Abuela es ave que empolla la fe en mis heridas. La veo en mi huerto, desenterrando rosales de su pecho para trasplantarlos en mi pecho, o cosechando corazones dispuestos a ovillarse entre mis manos, o escardando las sedientas malezas del desdeño. Su boca pronuncia el corazón de la noche y retoña mi nombre que es su nombre, nuestros nombres, frescos a pesar del tiempo, del polvo y la ceniza.



Te veo agitada en la luna, como una academia de baile para niños. Desde muy pequeña, cuando todavía estaba en la escuela preparatoria para las tradiciones y el lenguaje equivalente de los sueños abrieron cuevas de las que salían sombras que identificaban la inversa de las formas proyectadas en el espacio. Desde muy joven trencé las líneas del horizonte y creí que era posible llegar a la luna a través de una escalera invisible. Tu nombre es pájaro y siempre sospeché que en cada mirada había un vuelo. Como la blancura sollozante de tu piel, la noche desmembró todos los símbolos del paraíso. Una vez soñé que eras el borde terrenal de los deseos. El azote de los dioses refrescó el vacío, con la moringa de las leyendas, el loto masticado por los locos azules, el polígono que nació en mi vientre con las dulces aguas de mil ríos asociados a almendras, granadas, higos, el regazo de esa figura que desembocaba en la unión de dos sexos. El testamento intercalado de los molinos. Los mundos interiores que garabateaste en mis muslos. Desde pequeña transcribí las noches por donde pasaban, narrando sus abismos antes de que ellas mismas los sintieran en su meollo. Cuando un día me poseíste con tu mirada, mi riqueza íntima era ya un torrente sin fin. Sólo tenías que entrar y darme un nuevo nombre.

La noche invertebrada nos convoca, nada hay que detenga la mirada persuasiva de ese entonces. En la memoria de lo que hubiésemos sido se contiene la última bocanada de tu aliento. Quién habrá de consolar los espacios angustiados de la huida. Quién habrá de soportar el polvo que tras de tus pisadas se levanta. Detente un segundo y reconoce la sombra que ahora soy, muéstrale el camino hacia el clavel que un día alivió el más atroz de sus abismos. Un rayo de sol palpita en la persiana, atraviesa cicatrices y ciudades, se instala en los insomnios, acuchilla las penumbras, deposita tu nombre en la punta de mi lengua, relincha en la sed de la tórtola que vuela en mis palabras, que interpela al invierno en una sucesión de reticencias. Mi rostro insiste en la vehemencia de tu beso, en el caracol que se estira entre tus labios. Todos los días es enero, me dices, con la sal impregnada en tus palabras. Vagan en mi angustia las calles somnolientas de la urbe, un día nuestra, y en sus arterias se dibujan tu silueta y el alpiste de tus lágrimas en busca de mis pájaros. Y me pregunto, ¿quién habrá de arrancarle el corazón al apenado bramido en mi garganta?

¿Quién persiguió al último monstruo atraído por las sombras de la noche? El monstruo marino modificado por las cenizas de su transformación interior. El monstruo que nunca tuvo acceso al tesoro escondido en su propio vientre. Ese despreciado símbolo de la resurrección que sólo atrae a los amantes. La luna que hago salir en el presagio de tu mirada. Los cuentos árabes que tu sexo psicografía en mis temblores extáticos. Por donde pasamos es una cadena infinita de montañas y somos los treinta pájaros que fecundan las fuerzas del espíritu. En tus labios la fruta que me saborea, el abismo que me revolotea cuando me tienes en tus brazos. Las noches son una leyenda con sus innumerables senos, los hilos híbridos de un mantra, la comunión del ungüento con el deseo. Oh, cómo eres primordial en todos lados donde me pierdo. Mientras tu mano sostiene un secreto que corresponde a un hechizo, el árbol se alza como el florecimiento de la alegría. La eternidad perdida entre tantas escaleras, el mito furtivo con su balanza y el número que se refugia en tu cuerpo mientras el sol es una mezcla de cariño y vigilancia y te sueña en sus noches perezosas como un cuco enamorado del tiempo. Dame una noche más y tu voluntad será mi hábito.



Tu voluntad, sí, el hábito que habito cada noche, la llaga que anida en mi hendidura, la raíz que echa árboles en mi vientre, la boca, sísmica a veces; otras, navaja; por momentos ternura, unción, resguardo. Sucumbo al agravio, a la palabra amor atravesada por tu espina, a la versión de mí en tu lengua antojadiza, al crujido de mi nombre entre tus dientes. En tus muslos, la humedad en busca de mis peces indaga los ríos abundantes en tus piernas, asidas a mis hombros. Pero llega la vigilia y se revelan mis demonios, dicen cada una de mis dudas, devoran la esperanza de tus senos en los míos. Me recuerdan que en tu gruta otros se repiten de memoria, beben una y otra vez del colmado sereno que te ocupa, de la savia abundante en tus ofrendas. Pienso en tus ojos de niña y fijo mis ojos en la lluvia: no quiero verte llover, y cierro la lluvia para no ver caer tus ojos ni los míos. Y te escucho, niña, e intento entender el granizo que susurras o la golondrina que nace de tus alas o el pus que se instalará en tus fistulas o el filo que un día manará de tus heridas. Te sueño, niña, devorada por buitres carroñeros, convertida en una cría ulcerada, y mi corazón es un cofre de alaridos. Tus pupilas son ahora la jaula en que guardas la sombra repetida en el espejo.

Cuando tocamos la luz nos volvemos inmortales, gracias a esa fricción iluminada que bebe toda nuestra alma en una misma copa. Dos sueños se encuentran y confiesan sus ensoñaciones. Todas las imágenes deben ser espontáneas y descontroladas. Nada será tan decisivo como el azar y su telepatía desalineada. Las noches sueñan con el mejor de los días para nuestro encuentro. El inconsciente distribuye su carga emocional a lo largo de todos los acontecimientos de nuestro cuerpo. Les anuncio una fantasmagoría en busca de intérprete, en el teatro-clave en el que somos las proporciones desmesuradas del otro. Un soplo vital que hace del absurdo tu hogar de evidencia. La energía seminal donde se esconde cielo y tierra. El viento indomable de los abrazos. El cruce de las reliquias más deseadas. Yo te elijo para que subas a lo más alto del camino que hace sudar nuestros bultos, celebrando los mares y ríos en los que nos convertimos en la inundación en la boca de un pez. En el agua entendemos que las noches son un instrumento de elección. Somos el tamiz del otro. Los innumerables círculos del tiempo que viajan a través de nosotros sin guía ni brújula. Los temblores concéntricos de todo lo que tocamos. Una galaxia de utopías que deambula por el espacio, esa intimidad poderosa del horizonte, la nube-madre, el ahora siempre indefenso, tus pies, los míos.

Y la noche ha soñado los encuentros, se ha apiadado de la inmisericorde estela de las horas. En duermevela, ancha, abre la puerta, congrega en su insondable territorio la muda algarabía de mis muertos. De rodillas, cae en lo indescifrable de su verbo, intenta transcribir el lenguaje del retorno. Mientras ellos, mis muertos, alzan la copa de los días incontables, colofón de la efímera existencia. Todos se rinden al mutismo, solo padre insiste en conversar con sus penas; en su copa han quedado los ojos de los cuervos que un día engulleron los cuerpos de sus últimos amores. Me observa con el corazón en la mano, lo observo con el corazón en la boca. Mi voz dilatada se asoma a su oído, es feto ensayando el primer llanto, es el grito neófito de una punzante pesadumbre. ¡Oh, padre, soy una manada de labios en procura de su beso; soy un rebaño de manos en busca de su sexo! No regreses aún al infinito, no te despidas aún de mi gesto atardecido, no sueltes mi sonrisa putrefacta. Quédate una luna más, acuna el desconsuelo de tu sangre. Dime, tú, que un día te fuiste sin reparo, cómo dejar de ser escoria, cómo se vuelve a las aguas de los mares prometidos, cómo se torna a los polvos de las tierras auguradas, cómo hacer de mis días un septiembre interminable. Desterremos de una vez por todas los silencios y dilucidemos, padre, la urgencia de mi súplica enroscada en su cintura.



Tres pasos, y el universo quiere salir de aquí, dejándonos contemplando el mutismo de las fronteras, la permanencia del instante que hemos aprendido a venerar. Sin embargo, los pasos tienen sed y avanzan símbolos adentro. Como las leyendas que se van tallando a cada paso. Beso tus pies vendados después de la representación de una empinada caminata desgarrada, tus pies que demarcan las ciudades de mis visiones, tus pies que me enseñan la diferencia entre nuestros cuerpos. Eres el argumento más alto de mis caídas. Las figuras fálicas que abandonan el recorrido de los espejos, la fijación de tus virtudes y el verdadero resto de mi ser que aprendí a guardar para cuando te acerques a mí. Como las noches y la consagración de intervalos oníricos, las moradas secretas que preparo para el diluvio en tus pezones. Tres pasos y todas las tradiciones se transforman. Busco tu piedra eternamente luminosa, el cuarzo de tu desnudez iluminada, el más apreciado de todos los trucos para regeneración del ser. Tus rayos nacen de cierta manera y me esculpen en la medida que me hacen creer que soy tu árbol-madre. Os visito con mis serpientes aladas, llueve sobre todos los pasajes alterados, somos el vaivén orgiástico de un nuevo universo.

Dales de beber a mis pasos la frescura que emana de tus senos o somételos de nuevo a la ordalía. La noche de todas tus partidas, he cubierto los espejos y olvidado el temporal que sin clemencia ahogó los helechos y las rosas que adornaron tus altares. Se ha podrido la fe como habré de pudrirme yo entre afrentas y escarnios. Lanzaste la piedra y he pronunciado el pecado con todas las sílabas amargas, las mismas carcomidas por gorgojos, aquellas prolongadas en tu hastío. Todo se marchita en el crepúsculo y vuelves a los días primigenios en que se exacerban los acechos y los miedos; ¿o es que esperas la noche para bifurcarte? Delirio y sombras te ocupan. El monstruo regurgita hojarascas en tus pechos, se disfraza de ángel, se finge aguacero que promete mitigar la sequía que en el sigilo incubó en ti. Debajo de tu cama crepita su figura, tararea gorriones y avecillas, lame tus pies, galopa en tu entrepierna, te convence su lengua edulcorada. Desde el umbral, te observo amamantar a la fiera y un tumulto de voces me silencia. Ahora eres tú quien camina sobre el fuego. Pero, ¿es que acaso he pasado a ser el monstruo? El imperturbable monstruo de tu tierna carne saciado. De nuevo, soy yo quien camina sobre brasas. No. No confundas mi caricia con lo abyecto. La luz permanece encendida en mi interior y te ofrece el bálsamo a cambio de la herida.

Ahora besamos los pies de tantas noches, sus árboles suspendidos a la entrada de nuestros desiertos anunciando una tempestad. Dos de ellas se sientan a hablar. O tal vez simplemente se quedan a bordo de un furtivo enigma, arrastradas por el viento, esperando esa lluvia que vendrá a mojarlos en cualquier momento. La piel en su místico orden de alusiones. Cortamos tela y madera para el cambio de escenario, las pinturas darán la noción precisa de lo que representamos, a un paso de Baco, a otro paso del dragón patriarca de tu época imaginaria. ¿Cuántos personajes deberíamos identificar dentro de nosotros y convocar al cuadrado mágico, a este mundo ilusorio de simulacros y letanías? Con cada orgasmo componemos el quinto veda y el enigmático tatuaje de nuestras virtudes más secretas. Eres mi tejedora de catarsis. Puede que yo sea tu danza de espejismos. Juntos tal vez recorramos posadas y plazas con nuestro teatro de marionetas en llamas. ¿Quién lo sabría? ¿Alguien nos vio actuar mientras la humanidad estaba acorralada por sus fantasmas? Los templos son réplicas de la agonía del hombre en la tierra. Tu cuerpo es la morada lunar de mis alturas salvajes. Lloverá mientras besamos los pies de estas noches inesperadas. Fingiremos ser carne de abismos prósperos hasta que la última palabra sienta las lágrimas de la lluvia en su piel.



¿De dónde vienes? ¿De la última palabra? ¿Es la muerte donde nace tu dolor? Pastan mis memorias en la noche, se alimentan de todos los silencios, del río aquel de una tarde etílica en domingo y en cuyo nombre se esconde la angustia, de la ciudad blancuzca que reclama como suya una franja de esa niña que en la urbe del bullicio y las ojeras reincide. ¿Desde dónde me conminas? Amagas con encender la luz y descubrir todos los espejos, adviertes los puñales ocultos bajo la lobreguez de las lámparas, junto al sosiego aposentado en los rincones de una casa ocupada por bocas y risas asiduamente forasteras, inútiles tejedoras de recuerdos. Pero las paredes se alzan infranqueables, se rehúsan a darle paso al olvido; en ellas se cuecen las voces de otras épocas, el eco de presencias habituales, el chirrido de la silla mecedora, la generosidad de la mesa que en su momento reunió a los mismos comensales, la domesticidad de los días evocados. Las paredes memoriosas repudian el olvido. La casa ha sido violentada, aunque su rostro diga lozanía. En el patio las hormigas se alimentan de la sombra piadosa con que un día nos abrigó el limonero. Nos sentamos ahora a la mesa a engullir los años y el vacío, a devorar las campanadas del reloj de cuerda que marcaron amaneceres y ocasos y la más dichosa de nuestra existencia.

Un día el mar se atreve a reírse de las noches. Las velas se juntan y tejen el más extenso manto de abismos. Los monstruos marinos sueñan con tormentas silenciosas que atraviesan el tejido rocoso de sus cuerpos. Los relojes de arena reflejan un origen oscuro, la proyección de lo absurdo sobre las láminas religiosas del limbo, la anatomía eclipsada de tus caídas. Le doy la vuelta a tu nombre hasta que pruebe la reversión de sus crímenes. Simulo todas las armas de tu deseo. Muero en tus brazos mientras una subasta de muelles, con sus anuncios de torrentes y goces impetuosos, evalúa cuántas noches aún pasarán aquí antes de que uno de nosotros se distraiga y deje escapar el horizonte. O tal vez somos los dos los que no notamos que las luces del interior parpadean hasta que un rugido ahuyenta la electricidad de nuestro apetito. Pienso en tus pliegues, el acantilado etimológico de tu espíritu, la abstracción anecdótica con la que saltas sobre mi piel, el sinónimo olvidado de tus desmayos. Durante el día recurrimos todas las noches. Albergamos la pirotecnia de las náyades. Te llamo por el último susurro que escucho antes de morir. Eres el tumulto incondicional de mis aguas.

Las aves de rapiña se disputan el salto que te arrancó de nuestros brazos, pez de aguas dulces y, por momentos, de los mares más salados. Vuelves en mis sueños cenote, cardumen, arrecife y, a veces, farallón. Aquí, el mundo se muerde la cola y yo, sin embargo, no dejo ni un segundo de ser la mano que sostiene tu cuerpo a punto del colapso, la mano a la que le crecen ramas para colgar de ellas tu partida prematura. Te arrojaste con los brazos abiertos a la entraña de la noche, vestida, me dicen, con las prendas de tu madre; descifraste el vuelo ágil de todas las libélulas, y lloro y quiero decapitar este fervor de llanto, de lustros y de hojas. ¿Adónde emigraste? Tus ojos, golondrinas, cantan en tono de herrumbre la bruma espesa que ahora te envuelve. Tu lengua, cigarra, habla la lluvia que insolente me inunda. Dime, ¿venciste todos los infiernos? Desde hace una década no ha dejado de ser viernes y no logro explicar la persistencia. Una paloma torcaz sobrevuela esta calle desolada que soy, y te pienso. ¿Habrás acertado sus alas? Mientras tanto, en mí, te has quedado de espaldas apuntando al horizonte frente a un mar azul y calmo; con un amago de sonrisa, sigues con el sombrero a medio poner y un aire indecible: los insectos callaron la noche de tu éxodo.



El infierno siempre lo dejamos guardado en el tercer cajón. Una noche agitada olvidada en la séptima costilla superior. Cuando te beso, tus alas deletrean mil vuelos en los espesos archipiélagos de tus sombras. Cómo tus nalgas pretenden ser un teatro de mantras donde no te cansas de susurrar: *ego sum qui sum*. Las innumerables calles de tantas escapadas. Cómo te quiero, dentro y fuera de mí. Hecha una rama de relámpagos, la prosa inesperada de tu libido, los bordes de tu profundidad universal. Tu carne me baña con aceites de bestias sin nombre. Eres tan lúbrica que perforamos la superficie lunar como un hechizo que causará grandes daños a la memoria. El teatro en el que eres rey y reina a la vez y aprendo el orden sagrado del rayo en las misiones que me asignas. Déjame huella, mientras me preparo para cada viaje, hazme el objetivo de tus secreciones. El visionario reposo del diluvio que guardas para el último acto. Traduce las chispas de nuestro abrazo. Dentro y fuera de ti, una resina secreta que indica el regreso al origen del primer aliento, la joya del primer semen, la corriente del primer río de lava de tu útero. Hazme tu principio de cierre. Recoge los atributos de mi pecado. El cajón es el mismo. El infierno nos reconocerá.

La huella visionaria nos camina. Seguiste, asumo, su senda. Me brotan manos en el gesto de tu pelo al aire, de tu cuerpo desnudo sobre mi cuerpo atento, recostados ambos sobre la posibilidad de lo incesante. Me surgen labios a la orilla de tu beso y pronuncio septiembre como si mordiera tus senos, como si venciera la precocidad de nuestro instante. A tus pies, palpito. Acepto la parte que me toca. Es cierto, me acecha cada cierto tiempo la obligatoria indigencia de tu rostro, el áspero y longevo adiós que no sabe despedirse y, aun así, me florecen bocas para incubar *te amos*. Pero lo abrupto despunta en tu lengua y desata las ventiscas que endriagos sembraron en ti. Nombres, quiero nombres donde verter el encono, donde develar la naturaleza de la bestia, donde rasgarle las vestiduras, arrancarle el crucifijo, despojarla del donaire, quitarle la honorabilidad que le otorgan la familia y la corbata, borrarle de una vez por todas la sonrisa. El perdón se empecina en atravesar las llamas, en hacer piruetas al borde del barranco, en dejar impune los agravios. Bríndame el esbozo de sus nombres para agujerear sus sílabas y anudar las cuerdas que los arrastrarán hasta desfigurarlos, para volverlos ciervos y desatar a los sabuesos.

Los nombres ríen, esquivando el caparazón seductor de tus oídos, sorteando el abismo al que tu boca los invita a entrar. Convertimos nuestros reflejos como una agenda secreta de animales submarinos. Nuestros abrazos también aprendieron a reírse de todo lo que nos rodea. Al parecer estamos en el fin del mundo, el mañana hace tiempo que se despidió y nuestros besos hacen sentir al océano como el más invertebrado de los placeres, mientras nosotros nos acurrucamos como un ballet de succiones de nuestras ventosas y todos los animales confiesan el asombro al descubrir que cada uno de nosotros tiene tres corazones. Amarte así es como descubrir el misterio de cada instrumento en una sinfonía y tocarlos en el mismo instante, en la atonalidad recíproca de nuestros orgasmos. Los nombres actúan de dos en dos en un bosque de sonidos. Cada uno de nosotros habita las carnosas cuevas de roca del otro. Y cuando dormo dentro de ti, las noches abundan en una cascada de ensueño que abre afluentes por donde pasa. Los mares no quieren ser recordados por su nombre, sino por el espacioso hogar que descubrieron en nuestro interior.



En nuestro interior, los ríos se camuflan con la vastedad de la saliva que nos impide el movimiento reflejo de la deglución. Hay una pesadez en la garganta que no nos permite abismar los néctares plasmados en la fotografía de un instante. Todos los instantes replicados sin cesar. Todos los néctares atorados en la úvula. Y es que hablo de la infancia como ríos camuflados que siguen su camino sin dejar ni un segundo de permanecernos. Pero, ¿se trata de un río caudaloso o del caudal del río? Porque a cada uno de nosotros nos arrastran las aguas de los miedos subterráneos o el anhelo de una nube arrebolada o el aroma embriagador de las gardenias o un jardín en el que abundan las espinas. En los miedos se reclinan los ojos cansados, acunan la imagen cruel de ensordecedores ladridos; en el anhelo y el aroma se recuesta la memoria de una caricia cándida y altruista. En el jardín eclosionan puntualmente agujijones. Los ojos semiabiertos de una muñeca olvidada que escupe almíbar al apretar su estómago se han quedado enquistados también entre los miedos. Hablo de la infancia como decir péndulo. Exactos, colgamos oscilantes de su hilo. La vastedad de los ríos se camufla de saliva y estrangula tu garganta. ¿Sigues invitándote al silencio?

Las noches exigen desde hace tiempo un silencio inconfundible, donde las muñecas puedan abrir los ojos y contemplar las ondulaciones de los muebles de la habitación. Las horas se acumulan lentamente, hasta el punto que el paisaje se hace grande con su exceso de tiempo casi natural y las imágenes se distorsionan como si estuvieran en un baile. Nuevamente el péndulo nos lleva de un lado al otro del enigma. Balanceamos nuestros cuerpos juntos, vamos al cielo, al infierno, a los sueños, a la vida de vigilia, a veces somos sólo un punto de vista al revés. Los signos de asombro de un pensamiento que se entrega a los encantos del vacío. Nunca seremos olvidados por completo. Nunca seremos un recuerdo completo. Las casas blancas y negras en el escenario se mezclan en nuestro columpio, desde arriba vemos a las muñecas con sus ojos saltones, encantadas con nuestro movimiento. Las páginas del silencio tocan nuestros pies, ya no queda nada que distinga la razón de la locura. Somos la persistencia vegetal de las luces subterráneas y la fuerza extraviada de la máxima intensidad del deseo. El silencio mueve los muebles. Las muñecas se encuentran en un solo abrazo, con los ojos bien cerrados. Las noches son como un río sagrado. Duermes en mí. Duermes conmigo.

¿Es que duermes en mí o en quien alcanza tu torrente? ¿Es verdad que vemos rostros? ¿Y, al verlos, sus corazones no sabemos? En ti, las aguas profundas me esquivan, no toco tus raíces, no vuelves, como bien lo has dicho, henchida en bosque. Y, sin embargo, mi mano absorta se abre paso en tus cavernas, se interna en tus pozos, hurga en tus arroyos. Entre sus dedos, el eco distendido de otros mares se descubre y, aunque jures todo lo contrario, no me sientes, has partido. El aleteo de tu marcha persiste en la nitidez de la tarde, en el adiós sin fin tendido en el alféizar. En esta casa que hoy me habita moran las polillas, hacen nido en todos sus rincones, se alimentan de tu ausencia, se abalanzan sobre los restos de un ave que me recuerda que un día soñamos con alzar el vuelo. A esta casa vacía que me invade la ocupan la danza exacta de tu vientre y el desasosiego de mi boca, le han crecido matorrales, la han tomado la espesura y la hojarasca. Ayer fuiste tú quien blandió la espada, cortó mis manos y laceró mis apetencias. Ahora soy yo quien huye de tu huida, de tu voz bífida, de cualquier alusión a tu mirada. La conífera que un día planté en terreno fecundo me espera, me aguardan su perennidad y su sombra y, posiblemente, esa hermosa serendipia en el corazón incontenible de las noches.



SOBRE LOS AUTORES



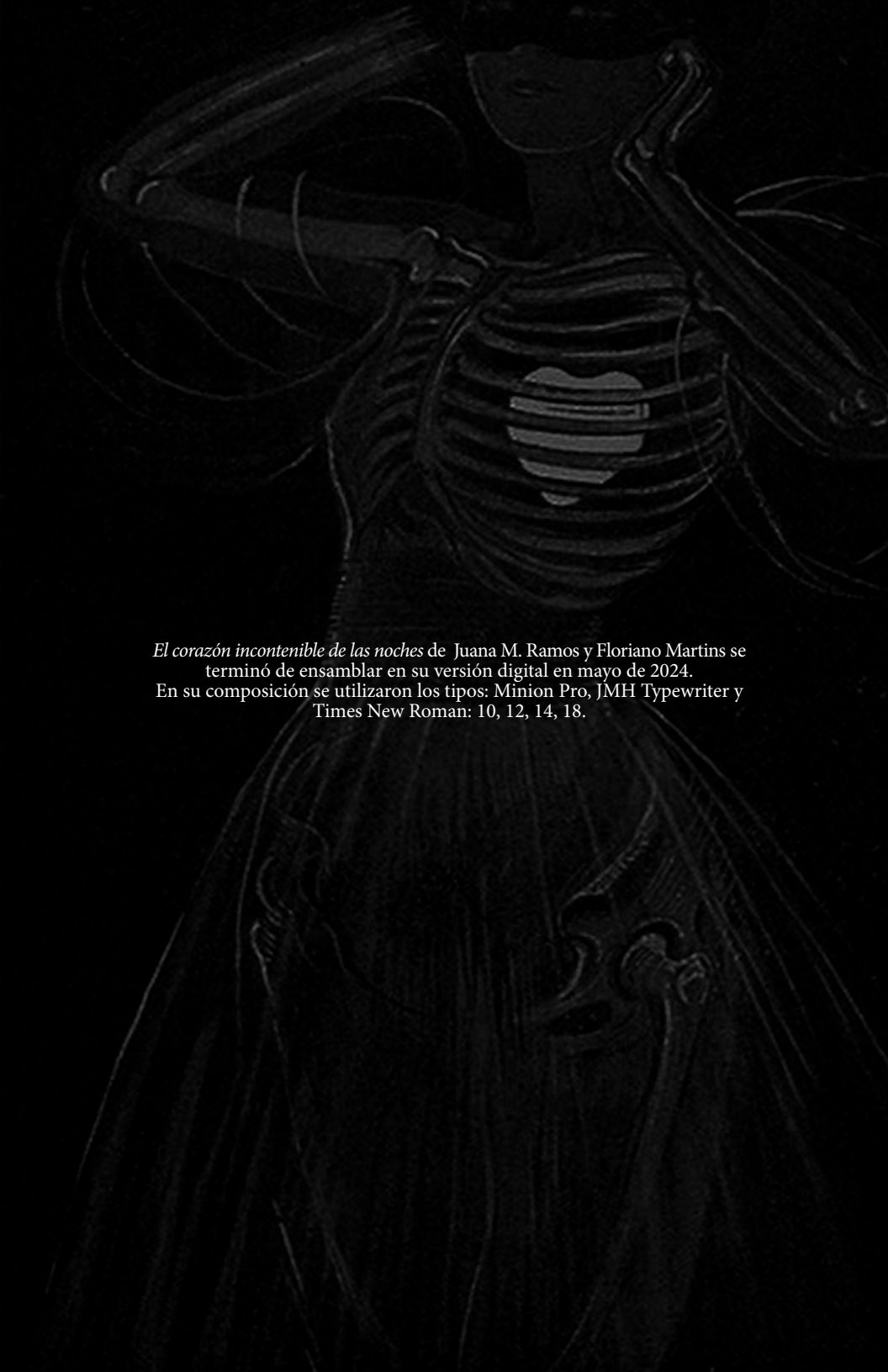
JUANA M. RAMOS (El Salvador, 1970).

Profesora de español y literatura en York College, Universidad Pública de la Ciudad de Nueva York. Ha participado en conferencias, coloquios y festivales de poesía tanto en Latinoamérica como en España. Ha publicado los poemarios *Multiplificada en mí*, *Palabras al borde de mis labios*, *En la batalla*, *Ruta 51C*, *Sobre luciérnagas*, *Sin ambages/To the Point*, *Clementina* (versión bilingüe italiano/

español), *Donde crecen amapolas*, *El agudo blandir al pronunciarte* y el libro de relatos *Aquí no hay gatos*. Es autora del libro *Nomadismo y alteridad. Las otras historias de la guerra* y coautora del libro de testimonios *Tomamos la palabra: mujeres en la guerra civil de El Salvador (1980-1992)*. Además, sus poemas y relatos han aparecido publicados en antologías, revistas literarias impresas y digitales en Latinoamérica, EE. UU. y España, y han sido traducidos al inglés, portugués, francés e italiano. En 2021 recibió el premio *Feliks Gross Award*, otorgado por la Universidad Pública de la Ciudad de Nueva York, por su labor como docente e investigadora, y fue reconocida por la Fundación Chifurnia como *Poeta del Año 2023* en El Salvador. En 2020 dio inicio a una intensa labor cultural a través de *EntreTmas*, un espacio digital donde entrevista y promociona a escritoras latinoamericanas y españolas que residen en Estados Unidos, Latinoamérica y España. Asimismo, es directora de la revista semestral de literatura *EntreTmas Revista Digital* y curadora, junto a Margarita Drago, de *Palabra-Imagen-Escena*, un espacio artístico creado para la difusión de las creaciones de poetas, narradores, dramaturgos y artistas visuales que producen su obra en español en NY.



FLORIANO MARTINS (Brasil, 1957). Poeta, editor, dramaturgo, ensayista, artista visual y traductor. En 1999 creó *Agulha Revista de Cultura*. Coordinó (2005-2010) la colección “Ponte Velha” de autores portugueses en Escritos Editora (São Paulo). Curador del proyecto “Atlas Lírico de Hispanoamérica”, de la revista *Acrobata*. Estuvo presente en festivales de poesía realizados en países como Bolivia, Chile, Colombia, Costa Rica, República Dominicana, El Salvador, Ecuador, España, México, Nicaragua, Panamá, Portugal y Venezuela. Curador de la Bienal Internacional del Libro de Ceará (Brasil, 2008), y miembro del jurado del Premio Casa das Américas (Cuba, 2009), fue profesor invitado en la Universidad de Cincinnati (Ohio, Estados Unidos, 2010). Traductor de libros de César Moro, Federico García Lorca, Guillermo Cabrera Infante, Vicente Huidobro, Hans Arp, Juan Calzadilla, Enrique Molina, Jorge Luis Borges, Aldo Pellegrini y Pablo Antonio Cuadra. Entre sus libros más recientes se encuentran *Un poco más de surrealismo no hará ningún daño a la realidad* (ensayo, México, 2015), *El Iluminismo es una ballena* (teatro, Brasil, en colaboración con Zuca Sardan, 2016), *Antes de que se cierre el árbol* (poesía completa, Brasil, 2020), *Naufrajos del tiempo* (novela, con Berta Lucía Estrada, 2020), *Las mujeres desaparecidas* (poesía, Chile, 2022), y *Sombras en el jardín* (poesía, Brasil, 2023).



El corazón incontinente de las noches de Juana M. Ramos y Floriano Martins se terminó de ensamblar en su versión digital en mayo de 2024.
En su composición se utilizaron los tipos: Minion Pro, JMH Typewriter y Times New Roman: 10, 12, 14, 18.



2024

**COLECCIÓN LIBROS IMPOSIBLES
2024**